

Para empresa de honor, propia ó estraña,
No rehusó jamás fatiga ni oro.
Cada memoria suya es una hazaña:
Del cristiano fué prez, terror del moro:
Dios, en fin, á su aliento soberano
Abrió no mas el mundo americano.

Dios á su corazon dió una fé ardiente
Con una voluntad dominadora,
Para que en uno y otro continente
Derramara su luz consoladora;
Y la adoró la americana gente,
Y se humilló á sus piés la gente mora,
Y de ambos mares en la opuesta orilla
Clavó los estandartes de Castilla.

Tuvo en su alma varonil asiento
La virtud inflexible y verdadera:
Nueva edad comenzó su nacimiento:
Fué su genio la antorcha de otra era:
Su victorioso nombre llenó el viento:
Su gloria vivirá imperecedera:
Con orgullo español mi voz la canta,
Mi fé venera su memoria santa.

Tal fué Isabel. Su grande pensamiento
Concibiendo su espléndido destino,
A su secreto y colosal intento
Con gran prudencia preparó el camino:
E invocando el favor del firmamento,
Con fé esperando en el favor divino,
Su escrutadora y perspicaz mirada
Tenia sin cesar fija en Granada.

Es ya la media noche: rasa y fria
La atmósfera ostentar al firmamento
Deja su manto azul, de pedrería
Salpicado, al fulgor amarillento
De la menguante luna; ya no pia
Ni susurra en el bosque ave ni viento;
Todo desde el palacio hasta la choza,
Sueño reparador en calma goza.

Todo tranquilo yace en el recinto
De Medina del campo, donde mora
Del católico rey Fernando quinto
La esposa ilustre, del país señora.
Do quier el fuego y el rumor estinto
Por la cristiana villa que la adora,
Unico de su alcázar centinela
El castellano honor su sueño vela.

No por barreadas puertas defendida,
Ni cercada de guardia numerosa,
Duerme Isabel inquieta por su vida
En torreón con barbacana y fosa;
En cámara modesta guarnecida
De tapiz sencillísimo, reposa
A la luz de una mustia lamparilla
La virtuosa reina de Castilla.

Su aposento y su lecho no decora
De genovés brocado, ni de encaje

Flamenco, ni de seda crugidora
De Francia, cairelado cortinaje;
Lino salubre y lana guardadora
Del natural calor de su mueblaje,
Su lecho y su vestido son la tela:
Nada allí el lujo mundanal revela.

Isabel, aunque hermosa y soberana
Y con glorioso porvenir nacida,
Reconoció desde su edad temprana
La vanidad de la terrena vida:
Y su sincera educacion cristiana
De la era turbulenta trascurrida
En el aciago y anterior reinado
La esperiencia ha despues fortificado.

Y por eso no hay lujo en su aposento,
Y es comun y modesto su vestido,
Y es frugal y sencillo su alimento,
Y su despendio personal medido:
Y, el fausto de su alcázar opulento
Del orden de su casa dividido,
Es, digna al par de imitacion y fama,
Reina opulenta y laboriosa dama.

Da á su suprema dignidad decoro
Con régia pompa y ostentoso porte,
Al extranjero al recibir y al moro
En ceremonias y actos de su corte:
Vacía sin pena su real tesoro
En todo caso que al honor importe:
Mas desnuda en su cuarto su persona
Del pomposo esplendor de la corona.

Por eso su alma, que altivez no abriga,
Tiene franca y real correspondencia
En la adhesion de sociedad amiga:
Los afanes que agobian su ecsistencia
De reina amistad íntima mitiga:
Y tiene en los que admite á su presencia
Amigos fieles, defensores bravos,
No aduladores sórdidos y esclavos.

Del amor de sus súbditos por eso
Segura, y mas segura que entre lanzas,
De sus régios deberes lleva el peso
Libre de rebeliones y asechanzas;
Y del pueblo el honor guardando ileso,
Y en su honor con inmensas esperanzas,
Abriéndose una fé que no vacila,
En su lecho Isabel duerme tranquila.

De un Crucifijo santo la escultura
Pende sobre la augusta cabecera
De su lecho real, donde segura
Reclina la cerviz: su cabellera
Recoge casta toca, y la blancura
De su cuello y sus brazos con severa
Honestidad envuelve en blanca bata,
Que su pudor ni aun para el rey desata.

Su postura modesta y recogida,
La serena expresion de su semblante,

Muestran que orando se quedó dormida,
Y que al remordimiento vigilante
Su corazon leal no da guarida:
De sus virtudes el vapor fragante
En torno de su lecho se respira,
Y su casta beldad respeto inspira.

¡Su aposento real cuan diferente,
Cuan distinto su púdico reposo
Del sueño de las reinas del Oriente,
Inquieto en camarín voluptuoso!
De torpe desnudez el aliciente
Atrae allí no mas al torpe esposo,
Y sobre el cieno del placer reposa
Solo el cariño de la infiel esposa.

Allá en torno del áurea alcázar
Rugen la rebelion y el descontento,
Y asalariada muchedumbre esclava
Contiene al pueblo de respeto esento:
Aquí, del miedo sin la odiosa traba,
Las puertas sin cerrar de su aposento,
Duerme del pueblo la señora hermosa,
Reina querida, respetada esposa.

Allá las salas del alcázar moro
Pueblan las inquietudes y traiciones,
La voz de la discordia, el son del lloro,
El terror y las lúgubres visiones;
Aquí, de bien y de placer tesoro,
Solo abrigan los regios artesones
El casto amor, la plácida esperanza.
Sueños de paz y dias de bonanza.

Allí en la sombra, de la muerte huyendo,
Corre el hijo del padre fugitivo:
Allí medita parricidio horrendo
Supersticioso el rey y vengativo:
Allí un espectro sin cesar gimiendo,
De tumba falto y al reposo esquivo,
Turba el sosiego de la real morada
Y augura el fin de la oriental Granada.

¡Cuán distinto el alcázar de Medina
En la nocturna sombra se levanta!
Vela sobre él la proteccion divina
Y orea su recinto un áura santa.
Aquí la paz benéfica domina,
La esperanza feliz el alma encanta,
Y de la religion bajo el imperio
Se efectúa en la noche un gran misterio.

Un ángel bello, del Señor enviado,
De la reina Isabel llegando al lecho,
Su aliento de los cielos emanado
Introduce en el fondo de su pecho:
Y con su hálito puro y perfumado,
Cual del Edén con los aromas hecho,
Aleja los espíritus malignos
Y los delirios de su sueño indignos.

Es Azaél: en su rosada mano
De la alma fé la antorcha centellea:

Su vivífico soplo soberano
La faz risueña de Isabel orea:
Un canto, en cuyo son nada hay humano,
Su oído no, su corazon recrea:
Luz celestial su espíritu ilumina,
Y su alma ve la aparicion divina.

De pacíficos ángeles un coro
El casto lecho de Isabel circunda:
Un suavísimo albor de grana y oro,
Como una aurora boreal, inunda
El aire: rumor plácido y sonoro
De arpas lejanas la quietud profunda
De la noche armoniza, y la fragancia
De la mirra trasciende por la estancia.

Un misterioso encanto indefinible
Por el palacio y la ciudad se estiende,
Cuyo mágico efecto incomprensible
De su cámara régia se desprende,
Y en sueño delicioso y apacible
Sume la poblacion, que no comprende
La celestial incógnita influencia
Que envuelve en tal deleite su ecsistencia

Cuanto aliento vital goza en Medina,
Fecunda en gérmen y en raiz vegeta,
Esta influencia mágica y divina
A su poder recóndito sujeta:
Y bajo este poder que la domina,
En calma universal, en paz completa,
La tierra de Isabel goza ignorante
Las dichas del Eden por un instante.

De Jehová el espíritu en tal hora
Al alma de Isabel se comunica,
Y del Señor la fuerza triunfadora
En su valiente corazon radica.
En su pecho magnánimo atesora
Santo fuego Azaél, y centuplica
El humano vigor que en él encierra
Dios, que la trajo á dominar la tierra.

El ángel á quien EL ha encomendado
La grande empresa que á Isabel destina,
Se la acerca, su término llegado,
Y sobre el pecho de Isabel se inclina:
Y del Señor con el poder armado,
Va de la antorcha de la fé divina
A encerrar de su pecho en lo profundo
Chispa capaz de iluminar el mundo.

Abrió Azaél sobre el agosto lecho
Sus dos nevadas alas, abarcando
De muro á muro el camarín estrecho
Y á Isabel bajo de ellas cobijando:
Y de su antorcha, que acercó á su pecho,
Una chispa con su índice arrancando
Que, al brotar, un relámpago produjo,
En el real corazon se la introdujo.

A su contacto abrasador sintióse
Su corazon mortal regenerado,

Y su cuerpo de barro iluminóse,
Al fuego de la fé purificado.
El ser humano de Isabel cambiósese
En mas sublime sér divinizado,
Y comenzó á gozar con nueva esencia
Mejor que la mortal nueva ecsistencia.

Al soplo de Azaél, que fecundiza
En su mortal naturaleza humana
Los gérmenes celestes, la ceniza
Voló de toda inclinacion liviana;
Y de materia vil y quebradiza
Esenta ya su esencia soberana,
Dijo á Isabel el ángel, con la palma
Sobre su corazon que late en calma:

“En el nombre de Dios, de su fé santa
Prenda en tu corazon esa centella!
En su nombre inmortal la cruz levanta,
Y convoca á tu grey en torno de ella.
Espanto del Islam, bajo tu planta
La frente infame de Mahoma huella:
Astro de los cristianos, aparece:
Dios en tu luz sagrada resplandece.”

Al poder de este acento sobrehumano,
Levántose Isabel transfigurada
Y al ígneo corazon llevó la mano,
Al fuego celestial no acostumbrada;
Mas de misterio tal en el arcano
Por Dios al punto penetró inspirada,
Cuando al tender en su redor los ojos
Vió á sus piés á los ángeles de hinojos.

Entonces en su mente, prevenida
Por celestial intuicion, brotaron
Los pensamientos mil que en su guarida
Hasta entonces ocultos fermentaron;
A su vista, por Dios esclarecida,
Del porvenir las nieblas se rasgaron,
Y, al sentirse por el predestinada
Para rendirla, dijo: “¡ay de Granada!”

Y al salir á las auras exteriores
Las armónicas notas de su acento,
Se transformaron en fragantes flores,
Y en mariposas áureas sin cuento,
Y en pájaros de luz de mil colores
Los átomos vivientes de su aliento:
Los genios de Azaél los recogieron
Al brotar, y en el aire se perdieron.

“Partid,” dijo Isabel, sus transparentes
Formas perderse en el azul mirando:
“Partid, y al corazon de los creyentes
Id con los ecos de mi fé llamando:
Mis encendidos átomos vivientes
Por mis ciudades id desparramando:
Id en nombre de Dios, id por Castilla
De mi fé derramando la semilla.

“Espíritu de Dios! ya en mí te siento:
Ya señalarse en el cuadrante de oro

De la honda eternidad veo el momento
Propicio al español, fatal al moro.
Héme pronta á tu santo llamamiento:
Obedezco tu voz, tu ley adoro.
¿Quién me resistirá de tu fé armada?
Yo plantaré la cruz sobre Granada.”

Dijo Isabel. Los átomos divinos
De su aliento, por Dios purificado,
Mensajeros de su alma, peregrinos
Por la region del aire purpurado
Ya con los arboles matutinos,
Al término que Dios les ha marcado
Partieron.—Dios, haciéndoles fecundos,
Transforma leves átomos en mundos.

V.

Antes que el sol su esplendorosa hoguera,
De la luz de los astros alimento,
Mostrara en el oriente, su carrera
Misteriosa acabando en un momento,
De Castilla hasta la última frontera
De su señora se esparció el aliento:
Y do quier que sus átomos posaron,
Chispas de fé, las almas alumbraron.

Al influjo de este hálito divino
Regeneróse la cristiana tierra
Con nuevo sér y cambio repentino;
Los nobles turbulentos, que con guerra
Doméstica ensangrientan su destino,
Sintiendo el nuevo sér que su alma encierra,
Sintieron sus alientos belicosos
Bajo instintos brotar mas generosos.

El pueblo, por sus próceres armado
En pró de asoladoras banderías,
Contempló su valor desperdiciado
En contiendas inútiles ó impías;
Y, por la nueva fé iluminado,
Pensó en borrar de tan nefastos dias
Con páginas espléndidas de gloria
Del libro de los tiempos la memoria.

El soplo de los ángeles fecundo
Inoculando la feraz semilla
De la fé de Isabel en lo profundo
Del alma de los hijos de Castilla,
La progenie evocó que, un nuevo mundo
Del mar buscando en la encontrada orilla,
Iba en sus carabelas viento en popa
Las llaves de otro mundo á traer á Europa.

Un vapor luminoso, perceptible
No mas á los espíritus del viento,
A la mirada de Satan terrible,
Y á las del Hacedor del firmamento,
Alfombra en punto tal la haz apacible
Del católico reino, en tal momento
Recibiendo sus pueblos, que en paz duermen,
De la celeste inspiracion el germen.

De los gefes católicos, en sueños,
El generoso corazon se agita
A impulso de presagios halagueños
Que el soplo en ellos de Azaél escita.
Temerarios y heróicos empeños
Ya delirando cada cual medita,
Y, á la voz de los cielos obediente,
Pronto al combate cada cual se siente.

Uno entre todos, héroe futuro
De la conquista en que la cruz se empeña,
Con el asalto de agareno muro,
Por Azaél arrebatado, sueña,
Y el fondo ve del porvenir oscuro
Que con la fé alumbrándole le enseña.
Es Ponce de Leon, el caballero
Mejor, en fé y en armas el primero (1).

El, de la ira de Dios rayo inflamado,
De su divina cólera instrumento,
El primero en su mente inoculado
Percibe de Isabel el pensamiento;
Como ella por el ángel instigado,
Penetrar en su sér siente su aliento,
Y que en él á su soplo se levanta
De la Cristiana fé la llama santa.

Del corazon le advierten los latidos
Del invisible genio la presencia,
Y el placer con que gozan sus sentidos
El soberano bien de la ecsistencia;
Y oye en su corazon, no en sus oidos,
Una voz que relata á su conciencia
De una era de fé, de honor y gloria
La verdadera y encantada historia.

El ángel, Azaél, ante sus ojos
Del negro porvenir el libro abriendo,
Con sangre escrito en caracteres rojos
Del árabe le muestra el sino horrendo.

(1) El marques de Cádiz era de mas que mediana estatura, de construcción robusta y bien proporcionada, blanca tez y cabello castaño rojo; manejaba perfectamente el caballo, y era muy diestro en la mayor parte de los ejercicios de caballería: tuvo el raro mérito de reunir la sagacidad á la intrepidez en la accion; aunque algun tanto impaciente y tardio en perdonar, era franco y generoso, buen amigo y buen señor de sus vasallos.

Fué muy fiel observante de los deberes cristianos, escrupuloso en guardar las fiestas y en hacer que se guardasen en todos sus dominios, y en la guerra devoto campeón de la Virgen: era ambicioso de bienes, pero pródigo en derramarlos, y en especial gastaba en embellecer y fortificar sus pueblos y castillos, tanto, que en Alcalá de Guadaíra, Jerez y Alanis invirtió la enorme suma de diez y siete millones de maravedís. Con las damas era cortés como conveña á un buen caballero. Por su muerte los reyes y toda la corte vistieron luto, “porque era caballero muy querido,” dice el cura de los palacios, y “como el Cid, estimado por amigos y enemigos, y ningún moro temió presentarse en la parte del campamento en que ondeaba su bandera.”

Las que habia cogido á los Moros en sus batallas se llevaron en su funeral, y “todavía ondean sobre su sepulcro, dice Bernaldez, dando testimonio de sus hazañas, no menos inmortales que su alma.” Ha mucho tiempo que las banderas quedaron reducidas á polvo y aun el sepulcro que contenia sus restos mortales fué sacrílegamente destruido; pero la fama del héroe durará en tanto que en España se encuentre valor, constancia; honor ó alguna otra de las virtudes de los caballeros.

(PENSOTT, Hist. de los Reyes Cat.)

Mensajero se vé de los enojos
De Jehová en Granada combatiendo,
Desplegado un momento ante su vista
El cuadro colosal de la conquista.

El, de su panorama misterioso
Reconoce los sitios y figuras,
Y vé do quiera su pendon glorioso
Tremolando el primero en las alturas;
Siempre descubre su corcel fogoso
Recorriendo triunfante las llanuras
Que abandonan ante él los africanos
Y que tras él ocupan los cristianos.

La fiebre de su espíritu guerrero
A este ensueño de gloria se enardece,
Y al envidiado honor ir el primero
En su noble ambicion se desvanece;
Y soñando que blande el ancho acero
Que tira el primer golpe le parece,
Y el rudo brazo al descargar esclama:
“En honor de mi Dios y de mi fama.”

Poniendo entonces Azaél su mano
Sobre su ardiente y generoso pecho,
Dijole, del honor y la fé arcano
Su noble corazon dejando hecho:
“El primero serás: Dios soberano
Acuerda á tu valor ese derecho.
Levanta el grito y el pendon de guerra:
Tala, rayo de fé, la mora tierra.”

Dijo Azaél: y abriendo en el ambiente
Sus alas de vapor, por un momento
Dejando tras de sí fosforescente
Rastro, perdióse en el azul del viento.
Despertó el castellano de repente
La puerta oyendo abrir de su aposento,
Y presentóse en ella á Don Rodrigo
De un cristiano adalid el rostro amigo.

Es el valiente escalador Ortega,
De la guerra avezado al ejercicio,
Donde su vida cada dia juega
De *escucha* haciendo el peligroso oficio (2).
Del territorio de los moros llega,
Y su presencia siempre algun servicio
Promete al de Leon quien en campaña
Siempre de él se aconseja y acompaña.

Reconoció de Dios al mensajero
En él el piadoso don Rodrigo,
Y el gage espera que le trae primero
De las promesas de Azaél consigo.
Incorporóse, pues, el caballero
Diciendo alegre: “¿Qué me traes, amigo?
—Traigo una prenda que os dará gran fama:
Traigo una villa mora.—¿Cuál?—Alhama.”

(2) ESCUCHA.—Centinela que se adelanta de noche á la inmediacion de los puestos enemigos para observar de cerca sus movimientos.—[Dic. de la Acad.]

—Alhama! Es la mas rica del rey moro.
—Sí, señor: de su reino está en el centro.
—¿Dicen que en ella guarda su tesoro?
—Sí, señor: y yo de ella os pondré dentro.
—¿Sabes lo que prometes?—Nada ignoro,
Señor; mas cuando ofrezco es que me encuentro
En posicion de dar. Venid conmigo,
Y sois dueño de Alhama, don Rodrigo.”

“Ortega en una empresa tan osada
Es preciso que Dios guie tu huella.
—La voluntad de Dios está marcada
Y nos la brinda á nuestra buena estrella.”

Yo no me he contentado en mi emboscada
Con rodar por la noche en torno de ella;
Señor, yo he estado dentro de la villa:
Dios por mi mano se la da á Castilla.”

“Yo veo la de Dios tras de tu mano.
Basta: aguarda mis órdenes afuera.”
Salió Ortega: el ilustre castellano
Del lecho se arrojó, y, con fé sincera
Puesto de hinojos, con fervor cristiano
Dijo: “Mi fé, Dios mio, en vos espera;
Si en Alhama, Señor, me dais entrada,
Yo llevaré la cruz hasta Granada.”



NOTAS DEL LIBRO CUARTO.

Nota á la página 89.

La mora multitud, aunque villana,
Civilizada.

En el libro 1.º de mi poema he dicho:

Pues por hijos de bárbaros osada
Vuestra historia nos dá, sea en buena hora:
No esa bárbara estirpe renegada
Será por mí.

Los extranjeros en general, creen que los árabes españoles eran una raza tan ignorante y salvaje como los árabes argelinos y marroquíes de hoy. El desden injusto con que miran nuestro país, la poca conciencia con que estudian y tratan sus cosas, y la rapidez con que viajan por él, en este siglo de globos y de vapor, y tal vez sus miras políticas, impiden que se propaguen rápidamente sus conocimientos sobre nuestra patria, de modo que personas que en Francia, Inglaterra y Bélgica pasan por instruidas, y á quienes he leído parte de los manuscritos de mi poema, se han manifestado admiradas al comprender que mientras las razas europeas de la edad media, armadas de hierro yacian en las tinieblas producidas por sus feroces y guerreras costumbres, entre las razas moras de Córdoba y de Granada florecian sábios, artistas y poetas, los cuales producian libros y monumentos que proclaman su civilizacion y eternizan su memoria. Para estos extranjeros en general, añado estas notas históricas demasiado difusas, y casi enteramente inútiles para los españoles. Y aquí, pues viene á propósito, aprovecharé la ocasion de advertir á mis amigos que se ocupan caritativamente de mis cosas, que habiendo yo prometido al público mi poema, dividido en tomos de trescientas páginas, tengo cuidado de que sus notas no entren en este número, empezando siempre despues de la trescientas una.

De la *Historia de Granada* del Sr. D. Miguel Lafuente Alcántara, tomo las siguientes noticias sobre la civilizacion árabe del reino de Granada en el siglo XIV:

“El reino de los moros estaba reducido con poca diferencia al espirar el siglo XIV al territorio que hoy comprenden las tres provincias de Almería, Granada y Málaga. Si bien los reyes Alhamares tenian motivos para deplorar los estrechos límites de su monarquía, comparada con el imperio de los Abderramanes y de Jusef el Almoravide,

podian consolarse con la idea de que reinaban en uno de los países mas deliciosos de la tierra, y que regian el pueblo mas industrioso, mas bravo y mas civilizado de la Europa. En su corte brillaban el lujo y las artes, y tenían un asilo los placeres; la naturaleza habia derramado en sus estados los dones de la abundancia, y la particularidad de estar casi todo el país erizado de montañas, era ventajosa para contener al enemigo, y reponer las pérdidas que ocasionaban en las fronteras sus correrías incesantes. La civilizacion granadina aparece sin embargo fantástica ú oscura, y al buscar en la historia de España su verdadero origen, su desarrollo y su apogeo, desmaya el ánimo al descubrir el velo del error estendido aun sobre acontecimiento tan memorable. En este capítulo suspendemos la aciaga narracion de batallas, crímenes é infortunios, y consagramos nuestra pluma á describir el estado de un imperio floreciente, y la gloria de unos reyes, que, aunque moros, fueron españoles, y merecieron la palma de los genios felices que han contribuido á civilizar el mundo.

“Los límites del reino, al morir Jusef III, comenzaban en las márgenes del Guadiaro junto á Gibraltar, y seguian por las vertientes occidentales de la sierra de Ronda. Los campos de Jimena, Hardales, Antequera, Archidona, Iznajar, Alcalá la Real, Torre Campo, La Guardia, Bedmar y Quesada, formaban la línea fronteriza desde el Mediterráneo hasta las faldas de la sierra y adelantamiento de Cazorla; proseguia por Huescar y el Chirivel hácia los confines de Lorca, y remataba en las playas de Mojácar, término hoy del reino de Murcia, como lo fué en tiempo de los romanos de las provincias Bética y Tarraconense.

“Las revoluciones y vicisitudes de la guerra habian confundido ó modificado las demarcaciones geográficas de los climas, *coras* y *tahas*, en que los árabes tenian dividido el país granadino para su sencillo régimen administrativo. Kerif Aledris, el geógrafo del siglo XII, nos ha trasmitido las circunferencias de los climas que componian en estension arbitraria un distrito ó provincia. El de Riat ó de Rute, el mas occidental, se estendia casi por los mismos límites del antiguo convento jurídico cordobés; tenia por Oriente las sierras de Alhama hasta Velez Málaga; por Mediodía las playas del Mediterráneo hasta el Guadiaro; comprendia la hoya y axarquía de Málaga, y subia á buscar por Sierra, Yeguas y Estepa las márgenes del Genil.